

Hemos llegado al fin de la vida de la doncella y empieza á aparecernos la figura de la esposa; mas antes de pasar adelante, echemos una ojeada retrospectiva para abarcar, con una sola mirada, la recorrida senda. El nacimiento, la herencia, la seducción, la edad núbil, el consentimiento, la viudedad, la dote, los esponsales, la celebracion del matrimonio, esos diez objetos de estudio, que comprenden las fases mas importantes de la vida de la soltera, han servido de texto á nuestras investigaciones sobre el pasado y el presente. ¿Qué hemos encontrado en todas partes? La desigualdad para la hija. ¿Y qué hemos probado en cambio? El camino á la igualdad; es decir, simultáneamente el mal y el bien; la consecucion de un adelanto, y otro adelanto á que aspirar: la necesidad de progresar, santificada por el consentimiento universal. Prosigamos, pues, nuestro camino, puesta la mano sobre la conciencia, y fijos los ojos en el pasado.

LIBRO SEGUNDO.

LA AMANTE.

Entre la doncella y la esposa, ó mejor dicho, al lado de ambas, ora confundiéndose con ellas, ora separándose, descuellu un personaje lleno de poesía é interés; mas libre que la una y mas ligado que la otra, participando de la doncella, porque como ella, no lleva el yugo de un nombre extraño; semejante á la esposa, porque ya su vida está enlazada con otro y porque nos representa la union del hombre y la mujer, en su parte mas íntima y general, esto es, fuera de todas las convenciones civiles, de todos los reglamentos legislativos, de todos los intereses de fortuna y de familia; tal es la amante.

Unica depositaria del amor puro, solo ella puede indicarnos el objeto divino de la sociedad conyugal, separadamente del objeto secundario de la reproduccion.

Cómo definiremos, pues, el matrimonio?... Una sociedad que tiene por objeto la perpetuacion de nuestra especie?...

No: este es el fin comun de todos los animales, que el hombre no puede aceptar como única mira de la Providencia. El matrimonio, segun la bella expresion de Modestino es: *Juris humani et divini communicatio*: una asociacion para la consecucion de las cosas divinas y humanas.

Ahora bien: esta asociacion arguye necesariamente la influencia de la mujer sobre el hombre, así como la del hombre sobre la mujer; esta misma influencia supone, á la vez, una afeccion que la produce y la imprime un carácter particular, cuyo sentimiento es el amor. Antes de empezar la historia de la esposa y del matrimonio, debemos preguntarnos, qué es el amor, qué es la amante, ó sea, qué es la mujer. ¿Es un ángel? ¿es un demonio? ¿es nuestra guia hácia el bien?... ¿es nuestra consejera en el mal? ¿es un mero instrumento de placer?

Esos delicados misterios no pueden aclararse sino con la historia misma de la amante. Buscando los diferentes caracteres que las distintas civilizaciones han atribuido á este personaje ideal, viendo con qué fisonomía se la ha diseñado, poco á poco, en la conciencia humana, qué papel le han señalado los poetas y los filósofos, esas dos lumbreras de la civilizacion, habrémos ya trazado casi á medias el modelo de la esposa. Empecemos nuestra difícil tarea.

Sócrates, que vislumbró todo lo que no definia claramente, segun dice Jenofonte, un día pronunció estas hermosas palabras:

«Existen dos Venus: una celestial que se llama Urania;

«otra terrenal y popular, nombrada Polimnia: Urania preside todas las afecciones puras y espirituales; Polimnia excita los instintos sensuales y groseros.»

Estas palabras nos colocan en el fondo del debate, y hé aquí el personaje de la amante dividido, á su vez, en dos seres distintos. Estas dos Venus son el alma y el cuerpo; la mujer ángel y la mujer demonio; el amor benéfico y el tentador; y la lucha eterna de esas divinidades en el mundo será la historia de la mujer representada sucesivamente por Urania y por Polimnia: por *la amante y la querida*.

No hay quien no recuerde el admirable himno que se escapó de los labios de Platon en honor de Venus Urania. Manifestóse por primera vez á los hombres, en las palabras del discípulo de Sócrates, aquella desconocida imágen del amor educador y moralizador; por primera vez fueron presentados al mundo, como gloriosos hijos del amor, el patriotismo, la virtud y el genio; y de tal manera el poeta-filósofo animó con su propia vida esta nueva afeccion, que los siglos agradecidos diéronle su nombre: Ningun hombre ni antes ni con posterioridad á él ha tenido la singular gloria de descubrir un sentimiento del alma humana y servirle de padre: mas por una extraña contradiccion, Platon, despues de haber instituido el culto, olvidó á las sacerdotisas: las mujeres fueron declaradas indignas de doblar la rodilla ante las aras del amor platónico, ó á lo menos de servirlo: para ellas, la baja y grosera voluptuosidad; el templo de Venus Pandemos: Urania no tenia mas adoradores que los hombres; solo ejerció su imperio por ellos y so-

bre ellos (4). El amor existió en Grecia, la *amante* no: la mujer no pudo ser mas que *querida*.

En Roma cambia el espectáculo, sin que se eleve el carácter de la mujer: el culto de amor ideal de Platon se extingue y desaparece: todavía no se rinde el culto de la amante. ¿Qué hay de comun entre Venus Urania, Lesbia, Delia, Ariana, y la misma Dido? alm as voluptuosas ó apasionadas, tiernas ó ardientes, sin mas objeto en la pasion que la pasion misma; buscando con ciega impetuosidad la satisfaccion egoista de sus deseos. Sin consideracion á la grandeza de aquel á quien aman, ni á su propia elevacion, falta á su amor una palabra, que es el mismo amor platónico, el nombre de virtud. Leed todos los poetas elegiacos de Roma, Horacio, Tibulo, Propercio, Cátulo; en sus versos, la mujer es siempre esa criatura sensual, voluptuosa, sedienta, de corazon marmóreo, cuerpo de fuego, frente atrevida y néciamente orgullosa: la *cortesana*. Sus poemas están llenos de nombres envilecidos, de caricias mercenarias: Tibulo ha reasumido con sublime energía, en la elegía cuarta, los extraños y feroces arrebatos que conducian á las juveniles almas romanas á este amor devorador y pernicioso. Némesis, despues de haber agotado su oro, exclama: «¡Oh!! para no padecer lo que padezco, consentiría en ser la peña de un monte nevado; una roca batida sin cesar por las impetuosas olas del Océano. Si amargo es para mí el dia, mucho mas lo es la noche: todos los instantes

(4) Véase en el tratado de Plutarco, sobre el amor, y en los diálogos de Platon la pintura de este amor extraño.

de mi vida están bañados de hiel. ¿Para qué me sirve que Apolo me inspire? Némesis pide su salario y ahueca la mano para que quepa en ella mas dinero. Dejadme, pues, oh musas, si sois inútiles á mi amor; que no os cultivo para cantar las revoluciones de los astros; lo que busco con mis versos es encontrar fácil acceso en mi cortesana. Oro, oro es lo que quiero, y lo que me conviene adquirir, para no quedarme tendido como un miserable delante de una puerta cerrada. Yo iré á arrancar las ofrendas colgadas en los templos de los Dioses, empezando por el de Venus. ¡Oh! el poder criador que dió la belleza á una mujer rapaz, ha hecho del amor un Dios infame (1)!»

El suspiro de amor es una maldicion. Este himno un anatema. El imperio de la mujer aparece en él, inmenso y maldecido, como el imperio del mal. El amor aun no es mas que una fatalidad. Fué menester una nueva religion, un mundo nuevo, para que las naciones modernas lo sintieran y lo representasen como un beneficio.

Dante es el primero que nos da ese divino modelo. Eva la tentadora, Némesis la maldita, han desaparecido: en su lugar se delinea Beatriz; es decir, la mujer ángel de salvacion, la amante.

Detengámonos un momento ante esta grande obra.

Qué representa la *Divina Comedia*? Un pecador salvado por su amor: una vida de desórdenes purificada por un re-

(1) Elegía IV, lib. II. Todos los que conocen la poesía latina saben que esa mezcla de desprecio y pasion por las mujeres se encuentra en todas las elegías.

cuerto. Apenas acababa Dante de salir de su edad juvenil, cuando perdió á Beatriz á quien amaba (1). Durante largo tiempo esa pura y tierna memoria habia bastado para impedir la entrada á aviesas pasiones en el alma en que habitaba. La fogosidad de los sentidos arrastra sin embargo y precipita á Alhigieri de exceso en exceso, pero en medio del camino de la vida (*nel mezzo cammin del vita*) se siente como San Agustin poseido de disgusto por aquella conducta impura, y ante él se eleva de nuevo, cual un benigno astro que le ilumina, el recuerdo de su primer amor. Beatriz que le sigue desde el alto cielo, lee en su alma y concibe el proyecto de salvarle; mas cómo? (la idea es profunda y encantadora). Por su propio genio, por la poesía. Bajando de las esferas superiores á la morada de los paganos va á buscar á Virgilio y le dice (2): «O alma bella de Mantua, tu amigo se halla tan confuso sobre esa desierta plaza de la vida, que parece perdido: temo haberme levantado demasiado tarde de mi trono celestial, para correr á tu socorro; vete, pues, y ayúdale de manera que yo pueda quedar consolada: llévale por todos los ángulos del infierno, para que inmediatamente su alma pecadora se purifique por el terror.»

Después de proferidas estas palabras, Beatriz se aleja. Parece que Dante, por un tierno respeto, no ha querido

(1) Véase en la *Vida nueva* la preciosa historia de este amor.

(2) En este corto resumen de la *Divina Comedia* hemos procurado servirnos de las mismas palabras de Dante. Por manera que es á la vez un análisis y una traducción.

oscurecer esta celestial figura, mezclándola con los culpables: únicamente cuando desfallece horrorizado en presencia de algun terrible suplicio, Virgilio le dice: *Verás á Beatriz*, y entonces recobra el valor.

Al salir del infierno, el poeta entra en el purgatorio. De repente, una nube de flores que cae y vuelve á subir sin cesar, le anuncia que Beatriz se acerca. Le asalta el remordimiento de sus desórdenes, y tembloroso como un niño que se esconde en el seno de su madre, se vuelve á Virgilio, y Virgilio ha desaparecido. Encuéntrase solo, solo con ella por primera vez, al cabo de diez años. No se atreve á levantar los ojos. Beatriz, con triste mirada, y guardando una actitud régia y severa, deja deslizar de sus labios, después de un momento de silencio, estas amargas é irónicas palabras: «¡Cómo os habeis dignado subir hasta aquí; se vive con tanta pureza y felicidad en la tierra!» Los ángeles imploran la gracia del culpable, entonando un tierno himno; mas ella, con ese doloroso resentimiento que nace del amor, dice: «No rogueis por él: Dios le habia criado tan puro, que cualquier hábito recto hubiera producido en su corazón maravillosos efectos. Yo le sostuve por largo tiempo en el buen camino, con mis ojos de doncella; pero apenas dejé la vida, cuando él se desprendió de mí entregándose á otras, y cayendo tan bajo, que no tuve mas recurso para salvarle que mostrarle las razas enemigas.»

Dante callaba, y ella añadió todavía con mayor vehemencia: di, no es verdad? di... porque es menester que tus confesiones se unan á mi acusacion.» La vergüenza y el

Dante introdujo en la poesía y en la civilización modernas. Esa criatura que se hace mas bella á medida que se purifica su amante; esos dos corazones impulsados uno por otro á la inmensidad del bien, nos presentan un espectáculo tan positivo y tan ideal á la vez, que en él admiramos simultáneamente á la amante, tal cual existe en el mundo, tal cual la promete el cielo, y que los divinos viajeros atraen en pos de sí á las almas que les contemplan, hasta las mansiones celestiales.

La poesía provenzal (1) y la caballería añadieron un rasgo mas á esta influencia de la mujer amada.

En la obra de Dante, la amante conduce al cielo; entre los trovadores conduce á la gloria; á la gloria del poeta, á la gloria del guerrero: á la gloria del defensor de la patria.

«¿Quién se admirará, dice Bernardo de Ventadour (2), de «que yo cante mejor que ningun otro trovador, si amo tanto!» El amor era el genio.

«Hay hombres, dice el mismo, que si son favorecidos por alguna aventura se ponen mas orgullosos y salvajes. De mí sé decir, que cuando Dios me envia una mirada de mi dama siento aun mas ternura por aquellas que ya amaba.» El amor era el origen de todos los demás amores.

«Qué prodigios llevara yo á cabo, exclama Guillermo de St-Dizier, si ella me diera solamente un cabello de los

(1) La poesía provenzal empezó á florecer antes de Dante, pero su bello período se ha prolongado aun despues de él.

(2) Fauriel, Raynouard.

«que caen sobre su capa ó un hilo de sus guantes!» El amor era el heroísmo.

«Yo fui un pobre caballero, manifiesta Raimbaud de Vaqueiras, y ahora soy un señor rico: conquistamos el reino de Tesalónica y puedo asegurar que me sentia mas poderoso cuando amaba y era amado.» El amor era la ambición de las cosas grandes, y quedaba siendo mas grande que esta misma ambición.

El imperio de la amante, pues, abrazaba la vida entera. Siendo á la sazón las mujeres jueces de las acciones de sus amigos, árbitras de sus pensamientos, sus consoladoras y sus consejeras, parecian ciertamente las creadoras del hombre. El trovador llama á su dama, *Mi señor*: toda la historia de esa época es el reverso de la leyenda de Pigmalion.

Así se personifica, por primera vez, en la amante, el culto de Venus Urania; no obstante, ese triunfo no podia subsistir sin division ni lucha, porque Urania no representa mas que el alma, y al lado de la amante se levanta la querida: al lado de Urania, Polimnia. El trovador Perdigon fué antagonista de Bernardo de Ventadour; Bocacio y Ariosto, de Dante y Petrarca; y en aquella lid el carácter de los dos amores y los sentimientos que producen, pintáronse con nueva energía.

El amor espiritual participó constantemente de un sentimiento de respeto hácia la mujer; la adoración sensual anduvo acompañada, casi siempre, de un desprecio secreto y de una especie de odio.

La afección espiritual, por una concordancia moral ex-

traña, aun que esplicable, unióse en los hombres ilustres con un patriotismo austero. El amor ideal idealiza los demás sentimientos.

Por el contrario casi todos los cantores del amor sensual fueron indiferentes, y en alguna ocasion hasta traidores á la causa de la patria: la ambicion, el ardor bélico y la pasion de gloria, tomaron asiento alguna vez en sus corazones; muy pocas la grandeza y el desinterés; no fueron almas de ciudadanos.

Los hechos lo justifican.

Perdigon, el mas distinguido trovador, habia expresado en una cancion estos groseros sentimientos (1). «Mujeres, «no pretendais hacerme penar, yo quiero encontrar provecho en todas las que adoro; la que me diga no, puede estar segura de que la dejaré.» Pues bien, ese mismo Perdigon atrajo sobre su país los desastres de la cruzada albigena.

Dante y Petrarca, los dos castos poetas de la amante, son los mas ardientes patriotas de Italia. La Divina Comedia está llena de acentos de ira contra los opresores de la patria. Dante piensa en su país, en medio del infierno, lo mismo que entre las delicias del paraíso: la imágen de Italia le sigue por do quiera. ¿Y qué son esas súbitas transformaciones en Güelfo y en Gibelino, sino la agitacion apasionada de un alma verdaderamente italiana, que desesperada por los padecimientos de Italia, imetra para ella todo lo que

(1) Fauriel, *Historia de la literatura meridional*. Tom. I.

puede salvarla, y adora anticipadamente como escogido de Dios á cualquier pacificador?

Petrarca es el digno hermano de Alighieri. En su carta á Rienzi late el corazon de un pueblo entero. Laura y Roma son los dos objetos de todos sus pensamientos. Su amor á la lengua latina no es mas que una manifestacion de su amor á la patria: á él le parece que, sirviéndose del idioma de los Catones y de los Brutos, recobra alguna cosa de aquella antigua y gloriosa república romana que sueña para su cara Italia: corazones platónicos, corazones patriotas.

¿Quién es en la misma época el defensor de Venus Pandemos? Un ciudadano tráfuga de Florencia, un cortesano del rey Roberto, un escritor que busca para marco de sus pinturas licenciosas, una de las mas grandes calamidades de su país; un escritor que injuria y desprecia á las mismas mujeres que adora; el autor del *Decameron*, Bocacio. Laura y Beatriz, que eran de humilde condicion, fueron elevadas por Dante y Petrarca á mayor altura aun que las mismas reinas. Bocacio ama á la hija de un rey y la representa como una especie de cortesana (1). ¡Siempre mezclados el insulto y los desdenes con esos sensuales homenajes! *Crudelis et inmemor voluptas*: el voluptuoso es ingrato y cruel.

La Italia, en los tiempos sucesivos, fué perdiendo cada día el sentimiento de su nacionalidad. ¿Quiénes fueron tam-

(1) Bocacio amaba á la princesa María, la hija del rey Roberto, á quien llamó Fiametta en el *Decameron*. Su última obra fué una amarga sátira contra las mujeres.

bien sus poetas? El encantador y licencioso Ariosto; el Taso, medio-cristiano y medio-pagano. ¿Acaso la heroína de la Jerusalem no es Armida; Armida, que hasta toma de Venus Pandemos su ceñidor tejido,

Di teneri degni, é di cari vezzi,

y hace de Reinaldo lo que Onfalaa hace de Hércules? Está muy distante del guía celestial de Dante. La misma pintura de los amores virginales de Olindo y Sofronia se traza á la vez con cierta mezcla de finura y grosería. Olindo atado en la misma hoguera en que está Sofronia, se alegra

Del rogo asser consorte, se del letto non fui;

de compartir el fuego con ella, ya que no ha podido compartir su lecho.

Cuando le cubren las llamas duelese de que su alma no se exhale en la boca del objeto á quien ama

L' anima mia nella boca tua io spiri.

El austero Miguel Angel sostiene solo la grande tradicion poética de Dante en medio de la sensual Italia. Sus sonetos y su casta vida están consagrados á otra Beatriz; no obstante, hijo tardío de una edad que ya pasó, vive y muere solo, parecido á las gigantescas ruinas del pasado, de las cuales se aleja el presente, poseido de una especie de vergüenza y temor, y mas semejante todavía á un desterrado, que pasa sus dias en su patria en cuanto al lugar, pero que se halla fuera de ella respecto al tiempo.

A mediados del siglo XV, empeñóse en Francia la

lucha entre los dos amores: habia por una parte la obscena y satírica novela de la Rosa, Matheolus, Guillermo Alexis, y su *blason de los amores*, y por otra una mujer pura, joven, bella, llena de inspiracion poética y de ciencia: Cristina de Pisan (1). El amor pátrio se encuentra siempre en un mismo corazon con el amor platónico. En medio de las terribles guerras del reinado de Carlos VI, Cristina escribe cartas bañadas en lágrimas á Isabel, al duque de Borgoña y al duque de Berri, clamádoles, como Petrarca ¡la paz! la paz! ¡la paz!!! El derramamiento de la sangre francesa le arranca ayes de dolor cual si saliera de sus propias venas. Cuando aparece Juana de Arco, Cristina sale del monasterio en donde habian buscado asilo sus últimos dias, para cantar el himno de pública gratitud á la heroína libertadora; y mientras una sacerdotisa de la Venus vulgar, Isabel, presidia los desastres de la Francia, esta nacion se regeneraba, salvada y celebrada por la casta viuda y la virgen pura Cristina y Juana de Arco.

En tiempo de Enrique IV, Cristina tuvo una noble heredera en la célebre descendiente de los Pisani.

Combatir el sensualismo de Rabelais, de Villon, de Marot y de Gauthier, civilizar su siglo (valiéndonos de sus propias palabras), reformar la sociedad por medio del amor, reformando el amor por medio de la castidad, colocar á las

(1) La vida de Cristina de Pisan y sus obras merecerian una detallada análisis, si nos lo permitiera nuestro objeto. Su libro de las tres virtudes, la ciudad de las Damas, sus ocho cartas contra la novela de la Rose y sus poesías son otras tantas protestas en favor del amor ideal. Nunca han tenido las mujeres un apologista mas digno ni mas noble modelo.

mujeres al frente de la civilización, empezando una cruzada contra el vicio en nombre del sentimiento, fué la obra que se atrevió á idear esta mujer de veinte y cinco años. La providencia, de acuerdo con ella, envió para sostener esta causa, el genio mas grande de la Francia: esa mujer es la Marquesa de Rambouillet, y ese hombre Corneille! En efecto, Jimena, continuando la venganza de su padre en la cabeza de un amante; Emilia, haciendo de su amor la recompensa del patriotismo, y Paulina, pidiendo á Severo la salvacion de Poliuto, nos representan hermanas sublimes de Beatriz, modelos divinos de aquel amor inspirador de actos magnánimos y compañero de grandes virtudes. La palabra gloria se aplica por primera vez á las mujeres, lo mismo que á los hombres; quiere decir pureza para las unas, y honor para los otros: Paulina y Jimena hablan de su gloria, y Madama de Sevigné, esta seductora mujer honrada, que supo reunir todo el atractivo de la ligereza con el encanto de la austera virtud; madama de Sevigné, discípula de Corneille, amaba con pasion su gloria (1). En una palabra, cuando el maestro y el discípulo disputaban á Racine su superioridad dramática, ni el discípulo atendia á la parcialidad, ni el maestro cedia á los celos, sino que para ambos ese ideal sublime de las pasiones teatrales, que debia servir de ilusión á la vida, se encontraba como profanado y disminuido por la pintura lisonjera, refinada y egoista del amor, tal como lo presentan Rojana, Hermiona y Fedra. ¿En dónde se

(1) Remitimos al lector, sobre este punto, á las interesantes memorias de M. Walckenaër.

encuentra en Racine el amor educador?... El amor ha descendido del cielo á la tierra.

Tambien surgen en cada uno de los versos de Corneille las pasiones varoniles y los sentimientos patrióticos. En Racine no hay corazon de héroe, ni corazon de ciudadano.

Las heroínas de Corneille suelen ser mujeres de la clase privada; Camila, Jimena, Paulina, Teodora; pero el poeta las hace reinas por el corazon. Racine coloca á casi todos sus personajes en el solio: Hermiona, Rojana, Fedra; y su amor las reduce al nivel de las mujeres vulgares. De ahí que haya, indudablemente, mas verdad y generosidad; mas en cambio existe menos grandeza y espiritualismo.

Finalmente, es digno de notarse, aun que es cosa ya observada, que Racine, tan admirable en la pintura del amor celoso, es insipido y frio cuando pretende hacer hablar el amor tierno y juvenil. ¿Qué cosa mas amanerada que Junia ó Aricia? Parece que solo los pintores del amor austero han encontrado el arte de pintar los amores virginales. Corneille escribe á los treinta años los divinos amores del Cid; á los sesenta la deliciosa y poética escena de Psiquis, y en la continuacion del *Menteur* brotan de su pluma unos versos que pudieran excitar la envidia del cantor de Romeo.

Bajo el reinado de Luis XIV, decae el ideal que habia soñado la marquesa de Rambouillet: la Venus vulgar reaparece y el lujo deslumbrador de los amores del monarca apenas puede ser parte para encubrir, bajo una elegancia exterior, la profunda grosería de los misterios de Versalles

y de Marly. Desapareció el culto casto para las mujeres; desde entonces, ya no hubo mas carácter benéfico ni respeto para ellas. Al lado de los *Amores de los galos* de Bussi Rabulin y de los *Cuentos* de Lafontaine, brillan las *Sátiras* de Boileau; se atribuyen á las mujeres todos los vicios y se les prohiben todas las ocupaciones.

El mismo Moliere, el gran Moliere, al paso que no atacaba mas que el exceso del espiritualismo, acaba por destruirlo del todo: en todas partes la querida reemplaza á la amante.

Después de Luis XIV, viene la Regencia, que vale tanto como decir el templo de Venus corintia, con sus quinientas prostitutas por sacerdotisas, trasportado como un tabernáculo en medio de la sociedad francesa. El torreade nos arrastra. Las desvergüenzas de Crebillon (hijo), las teorías de Diderot, la indiferencia burlona de Voltaire y el desden filosófico de Rousseau y Montesquieu por las mujeres, completan el triunfo de Afrodita Pandemos; para poetas del amor, los discípulos de Propercio, Chaulieu, Bertin, Parny, el mismo Andrés Chenier, que muchas veces no hace mas que unir el genio de un griego al corazón de un romano, canta como Anacreonte y ama como Tibulo: la mujer es celebrada únicamente como instrumento de placer.

De repente estalla la revolucion, y con ella aparecen igualmente mil desconocidos rasgos de grandeza femenina. Salió un grito del corazón de un jóven que no tardó mucho tiempo en ser repetido por la voz de la conciencia

pública. En aquellos versos, ecos de nobles almas, el ideal de la mujer vuelve á deificarse, y con orgullo escribo que ese himno de gratitud es *el Mérito de las mujeres* (1).

Varios genios superiores habian cantado ya á las mujeres; mas ¿por qué ninguno de ellos oyó repetir los versos en coro, por otras tantas voces simpáticas? porque la poesía de aquel jóven no fué solamente la de un gran poeta, sino la de una causa grande. Satisfaciendo la deuda pública respecto á las heroínas de la revolucion, su obra, superior, por decirlo así, á su propio mérito, retrocedió á la hermosa tradicion de Petrarca y de Dante, y restableció para el porvenir la borrada imágen del amor espiritual de la amante, guía inspirado y consolador.

Finalmente, en los tiempos mas cercanos á nosotros, cuando la nueva escuela (porque no debemos arrebatársela esta gloria) regeneró y creó quizás en Francia la verdadera poesía lírica ¿quién fué el guía de esta juvenil falange? ¿Beatriz! ¿No se parecen las *Meditaciones* en su hechizo conjunto de piedad y de amor á uno de los últimos cantos de la *Divina Comedia*? ¿En qué fuentes hubiera bebido la inspiracion de sus imperecederas poesías el autor de las *Hojas de otoño*, si no hubiese sido en el casto culto de las santas afecciones de la familia? ¿Qué es esa excelente creacion de Eloa, qué son todos esos inspirados acentos que se escaparon de tantas lirás tiernas, sino el eco de esta hermo-

(1) Es la obra que hemos dicho ya que habia publicado el padre del autor. (El Traductor.)

sa frase de Petrarca á Laura: «Mis virtudes provienen de tí, como el árbol de su raiz...?»

Así se estableció y prolongó en el mundo la lucha de las dos Venus, de los dos amores. De este relato surge una leccion provechosa, á saber: que el papel de la amante ha sido tan grande para la mujer y tan benéfico para el hombre, como fatal ha sido muchas veces para el uno el imperio de la mujer, y vergonzoso para el otro. ¿Qué se deduce, pues, de esto? ¿Que debe anatematizarse uno de esos dos amores? ¿Que ha de condenarse toda afeccion corporal? No: ambos amores tienen un lugar y derechos desiguales, pero todos tienen sus derechos y su posicion; los dos representan, por un lado, los designios de Dios sobre el hombre y la mujer, y por lo tanto ambos son legítimos. No es menester proscribir á la Venus terrenal porque habitamos en la tierra; mas tambien debemos purificarla haciéndola aliada de la Venus celeste, porque aspiramos al cielo. ¿Quién puede poner el sello á esta alianza? El matrimonio. El matrimonio es el único santuario en que tienen cabida ambos cultos: él purifica al uno y anima al otro: confunde la amante y la querida en un solo personaje, que es la esposa: y hémos aqui llevados como por la mano con el decurso de las ideas, al exámen de la sociedad conyugal.

LIBRO TERCERO.

LA ESPOSA.

CAPÍTULO PRIMERO.

La vida de la esposa ofrece al moralista una tarea mucho mas difícil que la de la hija: los males son mas positivos y al propio tiempo mas disputados. Los remedios mas necesarios, y sin embargo mas contradictorios. Cuando se habla de emancipar á las hijas, todos los padres son aliados; cuando se trata de mejorar la suerte de las mujeres, son adversarios todos los maridos. Uno mismo llega á dudar ante sus propias ideas: á los mas justos deseos de reforma, vienen á oponerse graves cuestiones de orden general: la unidad en el gobierno doméstico; la educacion de los hijos, y el cuidado de la pureza moral de las mujeres. Pidiendo la igualdad de la hija, no se hace mas que reclamar para ella la consecucion de lo bello y lo grande, de cuya nueva senda no saldrá manchado su vestido virginal; antes bien pueden introducirse reformas en la familia, sin